

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

Conjuraciones del Este.—Conspiración de Befort; su origen; intervención de los carbonarios; misión de Joubert y Bazard en Alsacia. Plan de la conjuración. Aplazamientos; su causa; apuros de los conjurados. Dirección superior de los carbonarios: la *alta Venta*; el *comité directivo*; discusiones. Lafayette en el castillo de Lagrange; su salida para Befort en compañía de su hijo; le siguen el coronel Fabvier, Scheffer y Manuel. Befort el día 1.º de enero. Preparativos de los conjurados; orden de tomar las armas; indiscreción de un sargento; aborta el complot; dispersión de los principales conjurados. Prisiones. Instrucción del proceso. Los conjurados de Befort ante el tribunal de Colmar; sentencia.—Lo del coronel Carón; proyecto para libertar á los prisioneros de Befort. Pronunciamiento simulado de dos escuadrones; marcha de esta tropa de Colmar á Mulhouse. Prisión de Carón y del teniente Roger, acusados de provocación á la desertión; incidente y discusión, con tal motivo, en la Cámara de diputados; Carón y Roger ante el consejo de guerra de Estrasburgo; sentencia de muerte de Carón; su recurso de alzada; su ejecución.—Recompensas otorgadas á los oficiales de los dos escuadrones.—Roger ante la audiencia de la Mosella; es condenado á muerte; su indulto; es expuesto en la plaza pública de Metz.

La Cámara de los pares, al absolver á la mayor parte de los oficiales que comparecieron ante ella como cómplices de la conspiración militar de 19 de agosto de 1820, no les devolvió la espada. Declarados de reemplazo, sin sueldo y obligados desde aquel momento á utilizar en otras carreras y empleos su inteligencia y su tiempo, hubo algunos que entraron en la administración de las fábricas metalúrgicas ó de las manufacturas que los señores Voyer d'Argenson y Jacques Kœchlin, dos diputados iniciados en el complot, poseían en las inmediaciones de Mulhouse y de Befort. El guardia de corps Lacombe, el teniente Desbordes y los subtenientes Brue y Pegalu figuraban entre los oficiales dejados de reemplazo que estaban empleados en dichos establecimientos. El papel que estos jóvenes acababan de desempeñar les había dado cierta notoriedad y les puso pronto en relación con todos los habitantes de los contornos que eran decididos adversarios de los Borbones. Entre éstos se encontraban dos vecinos de Befort, el abogado Petit-Jean y el oficial á media paga Roussillon, quienes mantenían relaciones bastante íntimas con varios oficiales del 29.º regimiento de línea, cuyos tres batallones formaban la guarnición de las plazas de Befort, Neuf-Brisach y Huninga. Dichos oficiales se mostraban muy irritados contra las tendencias y la marcha del gobierno, y hasta los había que deploraban el fracaso del complot organizado por Nantil. Enterados de tales disposiciones por Petit-Jean y por Roussillon, Lacombe y sus camaradas vislumbraron la posibilidad de intentar con las guarniciones de Alsacia el pronunciamiento que el año anterior no habían podido realizar varios regimientos de línea de las guarniciones de París.

Este proyecto germinaba en su mente en el momento mismo en que, á dos pasos de su residencia, el Sr. Buchez acababa de organizar á una parte de la clase media de Mulhouse en *Ventas de Carbonarios* y, con la ayuda de Kœchlin, procuraba extender la Asociación á las demás poblaciones alsacianas. Designados por sus antecedentes á las tentativas de aquella propaganda, los antiguos cómplices de Nantil no se limitaron á acoger con júbilo aquel nuevo sistema de conjuración, sino que además se convirtieron en sus más ardientes propagandistas, y, secundados por Petit-Jean y por Roussillon, hicieron engrosar pronto la Sociedad con un

número considerable de oficiales y sargentos del 29.º regimiento de línea. El carbonarismo invadió con gran rapidez todas las localidades importantes del Alto y del Bajo Rhin; en menos de dos meses había penetrado no sólo entre el paisanaje, sino que también en las filas de las guarniciones de las principales plazas del Este. Sus focos estaban en dos regimientos de artillería y en un batallón de ingenieros de la guarnición de Estrasburgo, en la Escuela de aplicación y en un regimiento de ingenieros de la guarnición de Metz, y en un regimiento de coraceros de la guarnición de Epinal. Pronto se discutió la organización y el empleo de aquellos numerosos elementos de insurrección; todos los conjurados se mostraban enérgicos y dispuestos á todo, pero con la condición de que se sublevaran con ellos algunos hombres políticos notables, dispuestos á ponerse al frente y á constituirse inmediatamente en gobierno provisional. Pegulu y Desbordes fueron á comunicar esta resolución á la Venta suprema. Esta, antes de resolver y contestar, quiso adquirir más amplios informes. El tiempo apremiaba. Buchez, encargado de la dirección de las Ventas de esta parte de Francia, se encontraba entonces en Estrasburgo, lejos del foco más activo del movimiento; la Venta suprema confió á Bazard y á Joubert, que había vuelto de Italia después de la caída de la revolución napolitana, la misión de trasladarse sobre el terreno, examinar los hechos y dar cuenta después del resultado de su inspección. Inmediatamente partieron ambos para Mulhouse.

Situado á medio camino entre Befort y Neuf-Brisach, Mulhouse, rica ciudad manufacturera, que encerraba una población trabajadora muy considerable, era la residencia de una Venta central en la cual los Kœchlin ejercían la principal influencia. Estos industriales pusieron en conocimiento de los delegados parisienses que las Ventas particulares constituidas en toda la línea del Rhin y compuestas de militares retirados, á media paga, de reemplazo ó en activo servicio, burgueses, carabineros y agentes de la administración de montes, reunían un considerable número de afiliados dispuestos á todos los esfuerzos y á todos los sacrificios. Después de recoger estos informes, Joubert y Bazard se avistaron con Petit-Jean y Roussillon, y, por su mediación, tuvieron varias entrevistas en Befort con los subtenientes Manoury y Peugeot, y en Neuf-Brisach con los tenien-

tes Carrel, Grometty y Levasseur, todos los cuales aseguraron la perfecta disposición de sus batallones. El general de caballería Dermoncourt, puesto á media paga y que residía á poca distancia de Neuf-Brisach, en una visita que le hicieron, les prometió arrastrar igualmente en la insurrección á los cazadores de caballería acuartelados en Colmar, mediante inteligencias que mantenía en este regimiento. En fin, en Estrasburgo, donde, á fin de completar su misión, fueron á juntarse con Buchez, pudieron convencerse de que la Asociación era omnipotente en esta ciudad, pues contaba con considerable número de oficiales y sargentos de los diferentes cuerpos de artillería, ingenieros é infantería que formaban la guarnición, incluso los coroneles, y con la mayor parte de los oficiales del Estado mayor del propio general Pánfilo Lacroix, que mandaba la división. Además, el paisanaje le proporcionaba bastantes afiliados para poder, en un momento dado, reunir 1.000 ó 1.500 hombres en armas, dispuestos á arrastrar ó á secundar á la tropa en movimiento insurreccional. Metz encerraba elementos de fuerza casi iguales; los individuos de la Sociedad eran también muy numerosos en Nancy, en Epinal y en todas las poblaciones de los dos departamentos del Meurthe y de los Vosgos. Después de una corta permanencia en Estrasburgo, Bazard y Joubert se separaron; el primero regresó á París y el segundo se volvió al Alto Rhin.

Era á mediados de diciembre; menos de quince días bastaron para concertar entre París y Mulhouse, y luego entre Befort, Neuf-Brisach y demás centros de conjurados alsacianos, todos los detalles del levantamiento. El plan definitivamente convenido fué el siguiente:

La señal había de partir simultáneamente de Neuf-Brisach y de Befort; las guarniciones de estas dos plazas tomarían las armas y levantarían la bandera tricolor á la misma hora y en la misma noche; ambas se juntarían en Colmar; la de Neuf-Brisach, más cerca del punto de reunión, iría á Colmar al mando del general Dermoncourt, á fin de sublevar al regimiento de caballería que allí se encontraba acuartelado, y la guarnición de Befort iría llevando consigo á los diputados encargados de la dirección política de la insurrección. Al primer rumor de este doble movimiento, Mulhouse, las demás ciudades importantes del departamento, los numerosos carabineros de aquella frontera, casi todos antiguos soldados, sublevados por los carbonarios de cada localidad, tomarían igualmente las armas, y no dudaban que los conjurados de Estrasburgo, enardecidos por la noticia, lograrían arrastrar en el movimiento á esta gran plaza fuerte, y que Epinal, Nancy y Metz, cediendo al mismo impulso, levantarían á su vez la bandera tricolor. De todos modos, las comunicaciones entre Alsacia y París serían inmediatamente interceptadas por los numerosos conjurados del departamento de los Vosgos, y sobre todo por el coronel Brice, que ocuparía todos los desfiladeros de esta cordillera con los restos de los cuerpos francos que allí organizó en 1814 y 1815, y cuya resistencia tanto daño causó entonces á los aliados. El gobierno provisional sería proclamado en Befort é instalado después en Colmar, hasta que Estrasburgo pudiese abrirle las puertas. Los individuos designados para constituir este gobierno eran los señores de Lafayette, de Argenson y Jacobo Kœchlin; á cuyos di-

putados habían de secundar, á la hora del movimiento, veinticinco ó treinta carbonarios parisienses, de los más inteligentes y resueltos, que, de antemano, irían por pequeños grupos á alojarse en casa de los afiliados de Befort ó de las localidades inmediatas.

El levantamiento estaba fijado para la noche del 29 al 30 de diciembre. En la mañana del 28, el Sr. Joubert, encargado de disponer los últimos detalles, se disponía á partir de Befort para Lure, al encuentro de su destacamento de carbonarios parisienses, cuando aparece Jacobo Kœchlin, le llama aparte y le manifiesta el temor de que sean vanos todos aquellos preparativos. «Esperáis mañana por la noche al Sr. de Lafayette, y yo dudo que venga, le dijo. El general no ha de salir de París hasta que le avise el Sr. de Argenson, á quien la alta Venta ha encargado que decida su marcha, de acuerdo conmigo; y hace días que yo no tengo noticia alguna del Sr. de Argenson; por consiguiente, no ha podido aún transmitir informe ni aviso alguno; voy ahora á su casa y le daré prisa para que escriba. Procurad informar directamente al general acerca de la situación de las cosas, haciendo que se apresure á venir; pero, mientras tanto, quizá sea necesario dar contraorden por todas partes, recomendando que nadie desaliente y anunciando que sólo se trata de un retraso de tres ó cuatro días.» Kœchlin se presenta en casa de Argenson, y Joubert se va á Lure, donde encuentra, al bajar del carruaje, al Sr. de Corcelles hijo, que había salido de París el mismo día del matrimonio de su hermana, y los dos hermanos Scheffer. Uno de estos últimos poseía la íntima confianza de Lafayette. Puesto al corriente de la situación por Joubert, consiente en volver grupos é ir á buscar al general á su castillo de Lagrange, donde estaba seguro de encontrarlo. Al mismo tiempo que Scheffer se vuelve á París, Joubert regresa á Befort y hace anunciar á los conjurados de Neuf-Brisach, de Mulhouse y de las localidades inmediatas, que el movimiento ha sido aplazado. La noche del 28 y los días 29 y 30, así como las primeras horas del 31, se pasan, en Befort, en amargas quejas contra los diputados y en conferencias infructuosas. Al anochecer del 30, el coronel Brice y el Sr. Bazard llegan á su vez de París en un coche perteneciente al Sr. Jorge de Lafayette, y que contenía, además del uniforme militar de este último, antiguo oficial de húsares, todas las insignias del grado de teniente general de que su padre se hallaba investido; insignias que el general había de vestir para presentarse ante la tropa sublevada. Los señores Brice y Bazard eran los últimos conjurados á quienes se esperaba. Se conferencia con ellos; se calcula el tiempo necesario para el viaje de Scheffer y la llegada de Lafayette; todo el mundo opina que el general podrá llegar el día siguiente por la noche; por tanto, si todos los conjurados están prevenidos, el complot puede estallar en la noche del 1.º al 2 de enero; acuérdase así y se conviene que el coronel Brice continuará su marcha por los Vosgos, mientras Joubert irá á toda prisa á anunciar esta nueva resolución á los conjurados de Mulhouse y de Neuf-Brisach, y los dispondrá á secundarla. Los dos parten. Joubert llega á Neuf-Brisach el día 1.º por la mañana, y encuentra á los oficiales de la guarnición profundamente irritados con motivo de la contraorden que han recibido; no quieren ya secundar

el movimiento. «Complot aplazado, complot fracasado, decían; sucedería lo mismo que con la conjuración de Nantil, cuyo éxito, seguro el 10 ó el 15 de agosto, convirtióse en un aborto el 19.» La insistencia de Joubert acaba, sin embargo, por vencer aquella irritación, y obtiene que le acompañe el teniente Carrel, quien, después de haberse cerciorado de la presencia del Sr. de Lafayette y de sus colegas en Befort, irá á dar á sus camaradas la señal de la insurrección. Se abandonaba, pues, el proyecto de un movimiento *simultáneo*; la guarnición de Neuf-Brisach se limitaría á seguir el ejemplo de la de Befort.

El contratiempo de que se quejaban los conjurados alsacianos era el resultado inevitable de una dirección superior sin unidad, y á la cual concurrían por igual doce ó quince personas que se diferenciaban por la edad, el carácter y las costumbres. Las *Ventas centrales* y las *Ventas particulares*, limitándose á obedecer, obraban de acuerdo. Pero, en la cúspide de la Sociedad, el examen y el debate ocasionaban el desacuerdo. Los miembros de la *alta Venta* eran demasiado numerosos y demasiado difíciles de reunir para ejercer colectivamente una dirección que exigía resoluciones prontas y una ejecución rápida. Lafayette ejercía el papel más influyente en la dirección activa de la Sociedad de los Carbonarios. Los miembros de la *alta Venta* no diputados que el general iniciaba habitualmente en sus propósitos eran los señores Joubert, Ary Scheffer, Laresches, Bazard y Trélat. Pero, por mucha que fuese la importancia individual de Lafayette, no podía arrastrar por sí solo todas las fuerzas reunidas en torno de los adversarios más notables del gobierno real; el concurso de algunos de sus colegas más populares de la Cámara era necesario para dar á las tentativas insurreccionales de la Asociación el carácter de un movimiento nacional apoyado y sostenido, no por un hombre político aislado, sino por los representantes más enérgicos de la opinión liberal. De ahí, además del consejo íntimo cuyos principales miembros acabamos de citar, la existencia de un *comité político directivo*, al cual comunicaba Lafayette todas las proposiciones importantes que recibía, así como los planes destinados á realizarlas. Este comité, compuesto de los señores Lafayette (padre é hijo), Manuel, Dupont (del Eure), Corcelles, Argensón, Jacobo Kœchlin, general Thiard, Merilhou y Chevallier, pedía el concurso, en las cuestiones militares, á los generales Tarayre y Corbineau. Todos los detalles de la conjuración alsaciana se habían sometido á este *comité*; dos de sus miembros, diputados ambos, los señores Argensón y Kœchlin, habían sido designados para constituir con Lafayette el gobierno provisional; otros dos miembros, Dupont y Manuel, debían presentarse, como ellos, en el teatro de los acontecimientos. Pero al tomarse las últimas medidas de ejecución, Manuel, de carácter resuelto, pero reflexivo, hizo observar que en tan grave circunstancia convenía quizá no atenerse ciegamente á las afirmaciones de unos jóvenes, indudablemente sinceros, pero faltos de experiencia y de sangre fría. Kœchlin y Argensón podían trasladarse al Alto Rin sin inspirar sospecha alguna, y se les suplicó que adelantasen su viaje, á fin de poder enviar los informes que el *comité* esperaba para tomar una resolución.

Durante algunos días, Lafayette esperó los informes prometidos; pero, obligado á marcharse á Lagrange para un piadoso aniversario que allí celebraba anualmente, salió de París anunciando la firmísima resolución de ir á Alsacia al primer aviso que recibiese directamente de los conjurados. «No podemos censurar al general, dijeron Manuel y Dupont al saber que había partido; le apoyaremos, nos tendrá á su lado. Pero no conviene que se aleje sin que nos hayamos puesto de acuerdo sobre las órdenes que haya que transmitir á los departamentos para que el movimiento sea múltiple y simultáneo, sobre los términos de un manifiesto y sobre la forma y los primeros actos del gobierno que se haya de proclamar.» El Sr. Chevallier recibió el encargo de ir inmediatamente á Lagrange á fin de obtener del general, no su regreso á París, sino una entrevista á mitad del camino con sus colegas. Lafayette rechazó aquella entrevista como inútil; semejante conferencia podía llamar la atención de la policía; sus colegas sabían tan bien como él qué concurso habían de aportar á la causa común. Explicando luego á Chevallier los informes particulares que le presentaban la situación tan tirante en Alsacia, que la insurrección podía estallar de un momento á otro, se quejó del largo silencio de Argensón. «Estos retrasos pueden comprometerlo todo, decía él.—Siendo así, replicó Chevallier, ¿por qué no partís en seguida?» El general tomaba por pretexto la piadosa ceremonia de que hemos hablado. Pero otra causa le retenía; su ausencia de la Cámara no había podido escapar á la atención del gobierno; su viaje sería necesariamente notado; no quería, pues, salir de Lagrange sino para llegar á Alsacia á la hora precisa, fijada para el movimiento, y esperaba el día. Cuando Scheffer le comunicó el llamamiento de Kœchlin y demás conjurados de Befort, el general anunció al joven *carbonario* que partiría aquella noche misma; pero era necesario, añadió, advertir á Dupont y á Manuel, y decidir al coronel Fabvier, oficial inteligente y firme, que fuese á tomar el mando de los batallones sublevados. Scheffer se puso inmediatamente en camino para París, y, al anochecer de aquel mismo día, visitó á Manuel y á Dupont, quienes acababan de recibir al fin de Argensón el informe con tanta impaciencia esperado. Dupont y Manuel prometieron partir sin pérdida de tiempo. Manuel salió efectivamente de París pocas horas después de Scheffer, quien, olvidando toda fatiga, emprendió otra vez el camino de Befort acompañado del coronel Fabvier, de otro oficial superior, que fué después ministro de la Guerra, y del teniente Benies. El carruaje que conducía á Scheffer y á sus compañeros de viaje hacia Alsacia seguía al de Lafayette á media jornada de distancia.

Al general lo acompañaba su hijo único, su confidente, su inseparable compañero y su amigo, que sentía por él una mezcla profunda de respeto y de ternura. Lafayette pensó en el resultado que podía tener aquel viaje, al ver que un viejo criado suyo tomaba asiento en el coche. «Sebastián, le dijo; Jorge y yo vamos á jugar la cabeza; debo advertirte que acompañándonos puedes arriesgar la tuya.—No me decís nada que yo no sepa, mi general, contestó el criado; sé lo que vamos á hacer; pero no paséis cuidado por mí; voy por mi cuenta; sin contar con que yo pienso lo mismo.»

A un mismo tiempo, Lafayette y su hijo, Scheffer y sus tres compañeros de viaje se dirigían apresuradamente á Befort, por la carretera de París; Jacobo Kœchlin y Voyer d'Argensón salían, á su vez, de Mulhouse y de Masseveaux á fin de encontrarse en aquella ciudad á la hora fijada para el movimiento; Joubert y Carrel acudían también al mismo sitio por la ruta de Neuf-Brisach, y un coronel de reemplazo de la ex guardia imperial, que había acudido de París para tomar parte en la insurrección, y cuyo ardimiento y graduación le designaban, á falta de otro jefe, para la dirección militar del movimiento, el coronel Pailhes, se preparaba, el 1.º de enero, de acuerdo con los carbonarios parisienses y los de la localidad, para los acontecimientos que habían de estallar aquella noche. El subteniente Manoury, cambiando la guardia con un compañero, se instaló en el cuerpo de retén de la principal puerta de la plaza, y los sargentos iniciados en el complot anunciaron misteriosamente á sus demás camaradas que iba á estallar un movimiento en todas las plazas fuertes del reino; que sus guarniciones se levantarían para expulsar por tercera vez á los Borbones, y que los oficiales partidarios de esta familia serían doquiera reemplazados por los sargentos que mayor celo hubiesen desplegado por la causa que iba á triunfar. Llegó por fin la noche. A las ocho, después de la retreta, el ayudante Tellier reúne á todos los sargentos primeros del batallón y les manda ir á los dormitorios y ordenar á los soldados de cada compañía que preparen las armas y estén dispuestos á bajar al primer aviso. Todos los sargentos se apresuran á obedecer; transmiten á sus compañías la orden del ayudante, cuya ejecución hacen empezar en su presencia, y acuden luego á una cena á que les había convidado Tellier, á fin de hacerles esperar con más paciencia la media noche, hora fijada para presentar al batallón su nueva bandera y su nuevo jefe. Era tal la seguridad de los conjurados, que en el primer piso de una fonda vecina, en una estancia en que se veían águilas, estandartes y escarapelas tricolores, el coronel Pailhes presidía otra cena que reunía á varios oficiales del batallón y cierto número de oficiales de reemplazo, que habían acudido de las inmediaciones para tomar parte en el movimiento.

En tanto que los principales conjurados abreviaban así el tiempo, un sargento, llegado aquel mismo día después de un trimestre de licencia, y á quien sus compañeros no habían tenido tiempo de prevenir, se fué á casa de su capitán. Este sargento acababa de hacer ejecutar la orden de Tellier; deseoso de hacer méritos, quería ser el primero en anunciar á su jefe que la compañía estaba ya sobre las armas. El capitán acababa un juego de naipes con un compañero y se disponía á irse luego á acostar. Asombrado de aquellos detalles extraños que nada puede explicar, quiere despedir al sargento; pero su colega interviene é interroga al sargento, cuyas contestaciones no dejan ya lugar á duda alguna. «¡La tropa sobre las armas!, exclaman los dos oficiales. ¿Qué autoridad puede haber dado semejante orden al ayudante? El teniente coronel, sin duda.» Salen para ir á casa de este jefe, le encuentran en la calle y le piden la explicación de los preparativos ordenados al batallón. El teniente coronel, tan sorprendido como ellos mismos, les dice que aquella orden inconcebible pro-

cede probablemente del Sr. Toustain, teniente del rey, comandante de la plaza. Los tres se van inmediatamente en busca de este último, quien declara, á su vez, que no comprende nada de lo manifestado por el sargento. Pero en seguida se le ocurre que puede tratarse de un complot; ruega al teniente coronel y á los capitanes que vayan inmediatamente al cuartel á hacer que cesen los preparativos y desengañen á la tropa, mientras él mismo visitará todos los retenes. Se separan; el comandante de la plaza recorre Befort; llega cerca de la puerta guardada por Manoury y ve en el interior á cuatro jóvenes parados; se les acerca y les pregunta qué hacen allí y cómo se llaman. Ellos contestan que viven en las inmediaciones y se llaman Brue, Pegulu, Desbordes y Lacombe. La notoriedad de estos nombres despierta la desconfianza del comandante, que entrega los cuatro jóvenes á la guardia de Manoury y coge luego cinco soldados del retén, con los cuales avanza fuera de la puerta para inspeccionar las inmediaciones.

Al separarse de su capitán, el sargento, causa de todo aquel movimiento, encontró al ayudante Tellier y se apresuró á referirle lo que había ocurrido. Tellier corrió en seguida á la fonda en que se encontraba el coronel Pailhés. «¡Todo se ha descubierto!, le dijo á éste. A estas horas el teniente coronel debe estar en el cuartel.» La inquietud y el desorden reinó en un instante entre los comensales; Peugnet y Roussillon se ofrecieron á ir á cerciorarse de la realidad de los hechos: salieron y no tardaron en volver confirmando la noticia dada por Tellier: el teniente coronel y varios capitanes acababan de entrar en el cuartel. Todos salen apresuradamente de la fonda y se dirigen á la puerta de Francia, que Manoury hace abrir; el coronel Pailhés y casi todos los conjurados habían salido apenas cuando Toustain se presentó en ella y pudo detener á Brue y á sus tres compañeros, que habían llegado los últimos y no tuvieron tiempo de escapar. Salido al frente de una patrulla, el comandante divisó, más allá de las fortificaciones, á unos veinticinco ó treinta individuos que, divididos en pequeños grupos, marchaban hacia el arrabal. Varios de ellos hablaban con la mayor animación; detuviéronse y vieron al comandante de la plaza; uno de ellos, el más próximo á Toustain, iba de uniforme; tomándole por un oficial de la guarnición, el comandante le interpelló ordenándole que se acercara á él; el oficial, que era el subteniente Peugnet, en vez de obedecer, retrocedió algunos pasos; el comandante desenvainó la espada y se precipitó contra el subteniente; éste se ladeó, evitando la estocada, apuntó á Toustain y le disparó al pecho un pistoletazo que le derribó; pero la bala, en vez de penetrar, había rebotado en la placa de San Luis que llevaba el comandante, quien se levantó en seguida, volvió precipitadamente á la plaza y se detuvo en el cuerpo de guardia de la puerta para apoderarse de los cuatro jóvenes consignados al jefe del retén, á fin de conducirlos al castillo y tomarles declaración. A Toustain le esperaba otra sorpresa. Manoury y sus prisioneros habían desaparecido; por las fortificaciones habían huido al campo. Mientras tanto, el batallón, que ya se encontraba casi todo sobre las armas en el patio del cuartel, volvía á ponerse bajo el mando de sus jefes superiores, y, privado de sus oficiales más decididos y de la mayor parte de los sargentos, se formaban silen-